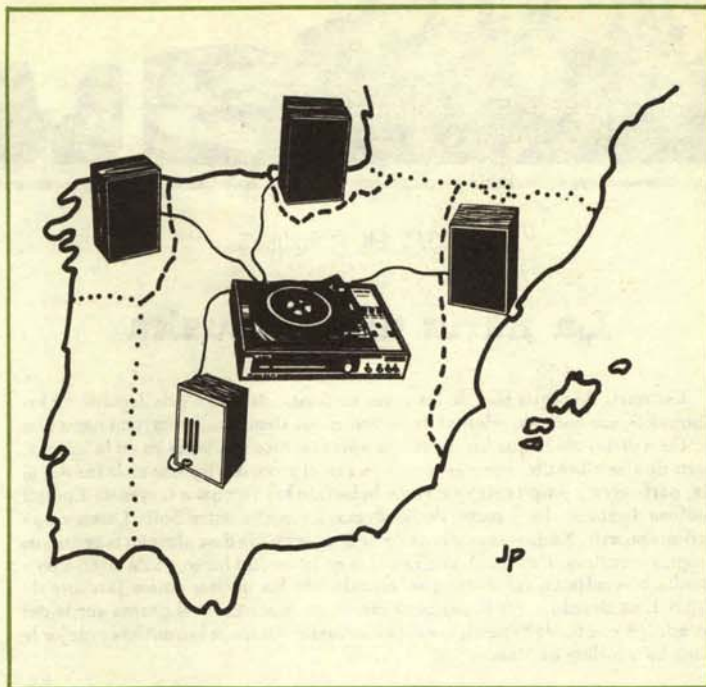


EL PRECIO DEL DINERO

LOS niños suelen preguntar: ¿cuánto vale el dinero? Y los adultos salen del embrollo con la primera estupidez que les viene a las mentes. Pero la cuestión merece la atención más detenida: nos jugamos en ella, literalmente, todo lo que tenemos. ¿A cómo está este año el dinero? Si juzgamos por el aspecto que presentan estos días los almacenes en pleno negocio navideño, el dinero vale cada vez menos. La gente paga por desprenderse de él... No me refiero a que las cosas estén más caras que otros años; las cosas están al precio que tienen que estar, al precio justo que la gente tiene que pagar por librarse de su dinero. No nos llamemos a engaño: los miles de personas que corretean por las grandes galerías y supermercados no quieren cosas (salvo excepciones escasas y honrosas que confirman la regla), lo que quieren es que les aligeren de dinero. Estas fiestas navideñas son una de esas ocasiones en el año en que el honrado público tiene oportunidad de liberarse de los fondos que ha ido acumulando a lo largo de los meses, el pago de sus innumerables días de afanoso hastío. Se hace una limpieza de fondos, como dicen los marinos. Naturalmente, la cosa se plantea como una adquisición de objetos, una compra de útiles: pero este planteamiento no resiste el análisis. La gente no elige nada, no busca nada: todo sirve, todo es útil, precioso, delicioso, imprescindible, divertido, todo es valioso salvo el dinero. La mayoría de las mercancías que se venden no tienen otra misión ni otra función en este mundo que la de ayudar a gastar dinero: son como cubos de basura para billetes, como huchas invertidas que garantizan no la conservación sino la pérdida del dinero. En algún lugar de la triste costa turística española, alguien vendió hace unos años aire de España enlatado: buen negocio e inteligente. Los comerciantes de futesas, los traficantes de naderías que abruman los superalmacenes con sus latas de aire, sus desodorantes para cojines y sus cepillos de dientes electrónicos han descubierto el evidente secreto a voces de la sociedad capitalista: el dinero no vale nada. Sólo tiene un momento de esplendor, un instante triunfal, el de la compra: solamente una vez vale el dinero, cuando sale de la cartera con gran aparato de crujidos y tintineos para funcionar como pago, para abrir el acceso a algo realmente valioso. Pero, ay, desde que reina el dinero nada es valioso, pues el valor de todo se reduce a dinero, que nada vale: el precio acaba con la riqueza. Sin embargo, el ritual de la compra debe conservarse, la promesa de una maravilla cuyo único designio es facilitar el holocausto de las monedas. Para cumplir esa tarea todo funciona, cualquier chuchería sirve para que se pague por ella, cualquier mierda con lacito justifica la emoción de tirar de billetera y demostrar cuánto vale nuestro dinero. ¿Soportaríamos acaso la verdad desnuda de que ese dinero que tanto nos cuesta, por el que vendemos nuestro tiempo, nuestras pasiones, nuestra libertad, tiene el valor de cero y hace que todo lo que se cambia por él —mercancía, vida, libertad— valga cero? El niño lo sospecha, ese niño que en el trajín de la tienda, ante un descuido de la dependienta, mientras la madre se gasta miles de pesetas en comprarle los juguetes que anuncian por la televisión, secuestra con mano rapaz esas tres canicas de colores que valen más que todo el oro del mundo. ■ SAVATER



ENEMIGOS Y ADVERSARIOS

EL señor ministro de la Gobernación lo ha dejado bien claro en su discurso: hay que distinguir entre adversarios políticos y enemigos de la sociedad. Parece que los adversarios políticos van a ser tolerados y los enemigos de la sociedad vamos a ser cocinados a la brasa en la Plaza Mayor, ante el personal que irá allí a tricotar.

—¿Y por qué te incluyes entre los enemigos de la sociedad, hereje, masón?— me dice mi señora alarmada, pues sospecha en qué belenes ando.

—Mujer, es un decir.

Luego me he ido al espejito espejito del polibán y allí, a solas conmigo mismo, le he preguntado: Espejito espejito ¿soy yo adversario político o enemigo de la sociedad? «Tú no pintas nada, imbécil», ha resonado su voz de azogue en la diminuta inmensidad del polibán. Sé cómo se las gasta el espejo cristañola, y que tiene estos prontos, de modo que he insistido pacientemente:

—Espejito, espejito...

Nada, que es más bella Blancanieves. Y más roja Caperucita. De ahí no hay quien le saque. Pero sé que toda la progresía está en estos momentos encerrada en los retretes del servicio (la progresía tiene retretes de servicio, que si no sería lumpemproletariado) preguntándose lo mismo. ¿Cómo distinguir por la calle o en California 47 a un adversario político de un enemigo de la sociedad? ¿Cómo distinguir en uno mismo dónde termina el adversario político y dónde empieza el enemigo de la sociedad? Es tan difícil como saber dónde tenemos el sexo los ángeles sin alas. Esto no me lo aclaran ni en Trento.

Pero en lugar de preguntar en Trento, le he preguntado al coadjutor progre de mi parroquia, que me queda más a mano.

—Es muy fácil, hijo. Adversario político es el que no tiene pasaporte, y enemigo de la sociedad el que tiene pasaporte falso.

Yo tengo un pasaporte de la Dirección General de Seguridad, en regla y todavía válido. Se lo he enseñado a mi señora para que deje de llamarme hereje y masón. Es, por otra parte, lo que hago todos los sábados sabadetes, a ver si la persuado y se deja. Pero ni así. El divorcio es otra cosa que tiene que arreglar Fraga. ■ UMBRAL

